

## La pedagogía como problema de investigación

*Educación y mundo rural. El caso de Boyacá*

GONZALO CATAÑO

Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2015, 106 pp.

ESTE LIBRO constituye una edición resumida, a cargo de Gonzalo Cataño, a partir de una investigación que el mismo autor desarrolló en 1971, aparecida en aquel entonces bajo el título *La educación rural en Boyacá: inventario de problemas*. Auspiciada por la Fundación Ford en asocio con la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), fue llevada a cabo junto a Elvia Caro y Fidel Salazar. El estudio ausculta los condicionamientos sociales y culturales que acompañan las labores pedagógicas en ambientes rurales, y su marco geográfico es el departamento de Boyacá, región con un alto porcentaje de población campesina para tal período.

La escuela rural es presentada como una pintura. Gracias a la descripción elaborada partiendo de un estudio sobre dos escuelas, Gonzalo Cataño muestra su cotidianidad. Transmite una imagen lúgubre de la labor de los maestros en el aula, al mostrar las particularidades sociales de sus estudiantes (problemas en el aseo personal, así como pobreza en el vestido y el calzado). Relata, también, la precariedad locativa de las instituciones educativas (carencia de servicios sanitarios; solo un salón para el funcionamiento de varios grados, y cuyo piso es de tierra; los mismo bancos para niños de diferentes grados y estaturas, etc.). A la particular situación señalada, que podríamos caracterizar como incomodidades locativas, se suma la dificultad para el acceso a los materiales que apoyan la labor del docente (escasez de libros, pocos cuadernos; insuficiencia de materiales para la enseñanza, como lápices, tiza y tableros).

De igual forma, “las dificultades del aula, la pesadez del ‘ambiente’ y la limitación de los recursos contribuyen a que los maestros tiendan a enseñar lo mismo en uno y otro curso, situa-

ción que no deja oportunidad para observar el progreso de los niños y el desarrollo de sus habilidades intelectuales” (p. 65). Cataño señala que para los profesores de las áreas rurales el manejo de su auditorio es difícil, y las características de la metodología asumida para la enseñanza no contribuyen al anhelado aprendizaje en la escuela; factores que, sumados, generaron mayores retos para la práctica pedagógica, mostrada como presa de un ritualismo que contribuye a ahogar los objetivos básicos de la escuela. El autor describe la enseñanza en instituciones rurales como “lenta y poco rigurosa en los contenidos y en la diferenciación de los grados”.

La dinámica de la profesión docente es presentada en uno de los capítulos finales, que muestra no solo cómo un maestro atiende simultáneamente varios grados sino, como dato relevante, la predominancia del sexo femenino en este cargo. Para el período de análisis, el 83% de los profesores del sector rural eran mujeres, lo cual tal vez es producto de las demandas e ideales con las se significó la profesión docente. Más que centrada en los problemas relacionados con el saber y los retos que entraña la enseñanza, la profesión docente, según nos muestra Cataño, fue asumida como una encarnación de las virtudes sociales; el maestro como el representante más acabado de la moral colectiva y modelo inspirador de conducta, tanto para padres como para niños.

Con su esfuerzo investigativo, el autor evidencia que para el ejercicio de la profesión docente existiría una diferencia entre los escenarios educativos rurales y los urbanos, por el efecto de los particulares procesos políticos —que han obrado en el escenario rural con desdén hacia la educación— sobre las dinámicas sociales.

En primer lugar, para los años setenta del siglo XX, el Estado colombiano y los organismos internacionales manifestaron interés en conocer la realidad educativa rural. Simultáneamente, junto con la dinámica económica y el dinamismo cultural de los centros urbanos, las ciudad se erigió en ideal. Así, en segundo lugar, la expansión de los procesos educativos formales, de la mano del Estado, contribuyó a generar en la población campesina deseos y

demandas asociadas a estos procesos. Los pobladores de las zonas rurales vieron en las ciudades la posibilidad de incrementar sus ingresos y, sobre todo, de encontrar mejores y mayores oportunidades de aprendizaje para sus hijos: la educación, sus escuelas y la enseñanza simbolizaron aspectos de una anhelada modernidad de la cultura (habilidad para la lectura y la escritura; especialmente la destreza aritmética, con sus cuatro operaciones básicas). Los pobladores del sector rural de Boyacá percibían abandono en sus escuelas: deserción, altas tasas de repetición, deficiente preparación del cuerpo docente, ausencia de mobiliario adecuado y escasa dotación pedagógica; en cambio, lo urbano lucía atractivo y representaba la “civilización”, la novedad y la posibilidad de un cambio.

Si bien es cierto que este trabajo no está centrado en el problema de la migración rural-urbana, sí señala que los procesos educativos formales contribuyen directamente a crear aspiraciones, por un lado, laborales, que pueden ser tramitadas en los escenarios urbanos; pero, también, el ideal educativo formal promueve deseos de continuar o terminar los estudios comenzados en el escenario educativo rural, aspecto que sin duda merece ser investigado.

Ahora bien, Gonzalo Cataño arriesga una nueva exposición de una investigación que realizó en 1971. A todas luces, una empresa problemática. Ciertamente no faltarán quienes aseguran que, en materia investigativa, lo importante es la novedad y que, por lo tanto, presentar apartes de una investigación realizada 44 años atrás es infructuoso e innecesario. No faltarán, tampoco, quienes suponen que los nuevos tiempos acarrearán otros problemas, que mejores metodologías están a nuestro alcance y, por lo tanto, abrir espacios editoriales a la novedad de la época es lo esperado. Con seguridad, tampoco habrán escaseado quienes afirman que el presente es de mejor “calidad” que el pasado y, ante tamaña empresa, manifiestan su descontento.

Este gesto editorial nos indica, una vez más, que el presente estudio también debió enfrentar la preocupación y el trabajo para superar

EDUCACIÓN		RESEÑAS
<p>aquellos obstáculos con los que se encuentra quien desea acercarse a la educación como problema de investigación. Trabajar en contravía de los “lugares comunes”, lugares que habitan nuestra cotidianidad, es un esfuerzo permanente para quienes asumen la tarea investigativa. Desde los obstáculos señalados, difícilmente se alimenta una discusión sistemática; en todo caso, desde el sentido común se contribuye a la consolidación de compartimientos con la intención de ilustrar de cierta manera una problemática que, para el campo de la política, requiere rápida solución. En los términos de este trabajo, la investigación en educación está colmada de dificultades (preconceptos, ideas comunes), discontinuidades y olvidos, y queda atrapada, muchas veces, en los debates sobre el pènsum, la didáctica, la preparación de los maestros y el manejo y tratamiento de los niños.</p> <p>Esta investigación enfrentó el desafío de trascender el nivel de las descripciones. Al evitar una narración de lo obvio, la descripción superficial del sentido común, o presentar “lo ya conocido”, su reto se centró en buscar la posibilidad del análisis. Con los escollos propios del trabajo investigativo, esta obra evidencia un esfuerzo de construcción de criterios para configurar un horizonte que interroga ese establecido sentido común, buscando generar explicaciones que permitan comprender nuestro presente: desafío capital para un campo cuyo horizonte es la ciencia, caracterizado por la inquietud hacia el saber y los criterios asumidos en su producción; con esta postura es posible enfrentar la necesidad de ir más allá de los marcos estrechos con los cuales hoy se nos presenta la discusión en pedagogía.</p> <p>Una pregunta se nos impone para el cierre: ¿qué compromete la educación? Si la sociedad es un gran dispositivo que se produce en la medida en que se enseña su manera de funcionar, puede afirmarse, en consecuencia, que las sociedades humanas se basan en el dispositivo pedagógico. Si esto es así, la educación —no la escuela, que es un mecanismo específico más o menos reciente para llevar a cabo algunas de las funciones educativas— ha existido siempre que ha habido sociedad humana, y siempre ha tenido que servirse</p>	<p>de los mecanismos necesarios y disponibles para hacerlo. Entonces, los fenómenos educativos y pedagógicos tienen una inteligibilidad en la medida en que se refieren a esta organización en su conjunto.</p> <p>La función de la escuela, podríamos decir, en consecuencia, está dada por la posibilidad de que en su seno el horizonte esté constituido por el trabajo con —para y desde— el <i>saber</i>. Si cada nivel del proceso de escolarización ha sido configurado en pro de ciertos intereses —higiene, salud, ciudadanización, participación—, no es menos cierto que su función también pasa por generar condiciones de posibilidad para el acceso al saber de un amplio grupo poblacional. En tal sentido, un análisis sobre la función del maestro implicaría la elucidación de varios asuntos que, en su conjunto, podríamos aglutinar bajo la etiqueta de pedagogía: discusión sobre el saber y los criterios para su producción, relaciones con el saber, tensiones con la cultura; retos deparados a aquel que investiga los procesos relacionados con la enseñanza y el aprendizaje; el problema de la relación del hombre con el saber, por un lado, y por otro, el de la interacción comunicativa con fines pedagógicos, que merece atención y esfuerzo.</p> <p>Precisamente, esfuerzo y dedicación que Gonzalo Cataño manifiesta al poner a disposición de las nuevas generaciones inquietudes relacionadas con la educación, dada la importancia de considerar el problema del mundo rural y, para el caso puntual de esta investigación, los desafíos y tensiones que imponen estos escenarios a los procesos educativos formales.</p> <p style="text-align: center;"><b>Carlos Jilmar Díaz-Soler</b> Universidad Distrital Francisco José de Caldas</p>	